

## Desde la casa de los muertos\* Sobre la memoria europea moderna

*Tony Judt*

“El problema del mal será el problema fundamental de la vida intelectual de la posguerra en Europa, del mismo modo en que la muerte se convirtió en el problema fundamental después de la Primera Guerra Mundial”  
Hannah Arendt (1945)

“El olvido, diría incluso que el error histórico, son un factor esencial en la creación de una nación; de este modo, el progreso de los estudios históricos es con frecuencia un peligro para la identidad nacional... La esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también que hayan olvidado muchas otras”  
Ernest Renan

### I

Hacia fines del siglo XX, la centralidad de la memoria y del Holocausto en la identidad europea occidental parecía asegurada. Para estarlo, quedaban aquellos individuos y organizaciones ocasionales –“revisionistas”– que insistían en intentar mostrar que el exterminio masivo de los judíos podía no haber tenido lugar (a pesar de que fueran más activos en Estados Unidos que en la propia Europa). Pero a esas personas se las confinaba a los márgenes políticos extremos, y su insistencia en la imposibilidad técnica del genocidio rendía un homenaje no intencionado a la misma enormidad del crimen nazi. Sin embargo, la ubicuidad compensatoria con la cual los europeos ahora aceptan, enseñan y conmemoran la pérdida de sus judíos trae consigo otros riesgos.

En primer lugar, siempre existió el peligro de una reacción violenta. Ocasionalmente se ha escuchado incluso a políticos alemanes de primer rango dar salida a cierta frustración por la carga de la culpa nacional –como anteriormente, en 1969, el líder socialcristiano de origen bávaro Franz-Josef Strauss se descargó públicamente diciendo que “gente que ha consumado este notable éxito

---

\* Publicado originalmente en *The New York Review of Books*, número 15, volumen LII, 6 de octubre de 2005.

económico tiene derecho a no escuchar más hablar de ‘Auschwitz’”. Los políticos, por supuesto, tienen sus razones<sup>1</sup>. Lo que fue quizás un índice más certero de que llegaba un cambio cultural fue una urgencia extendida, a comienzos del siglo XXI, por volver a abrir la cuestión acerca del sufrimiento alemán después de años de atención pública dirigida a las víctimas judías.

Artistas y críticos –entre ellos Martin Walser, contemporáneo de Jürgen Habermas y una voz literaria influyente en la República Federal de la posguerra– comienzan ahora a discutir otro “pasado no manejado”: no el exterminio de los judíos sino la no aceptación de otro aspecto de la historia alemana reciente. ¿Por qué después de todos estos años, se preguntaban, no deberíamos hablar de los incendios de las ciudades alemanas, o incluso de la incómoda verdad de que la vida en la Alemania de Hitler (para los alemanes) estaba lejos de ser desagradable, al menos hasta los últimos años de la Segunda Guerra Mundial? ¿Acaso porque deberíamos hablar en cambio de lo que los alemanes hicieron a los judíos? Pero hemos hablado de eso durante décadas; se convirtió en rutina, en hábito. La República Federal es una de las naciones más declaradamente filosemíticas del mundo; ¿por cuánto más tiempo debemos nosotros (los alemanes) examinar nuestras espaldas? Los nuevos libros acerca de los “crímenes de los Aliados” –el bombardeo de Dresde, el incendio de Hamburgo y el hundimiento en tiempos de guerra de barcos de refugiados alemanes (tema de *Im Krebsgang*, “A paso de cangrejo”, una novela de Günther Grass del año 2002)– se venden en enorme cantidad.

En segundo lugar, la nueva relevancia del Holocausto en los relatos oficiales del pasado europeo trae aparejado el peligro de otro tipo de distorsión. Porque la verdad realmente incómoda acerca de la Segunda Guerra Mundial es que lo que ocurrió a los judíos entre 1939 y 1945 no fue ni cercanamente tan importante para la mayor parte de los protagonistas como las sensibilidades posteriores deberían pretender. Si muchos europeos se las arreglaron para ignorar durante décadas el destino de sus vecinos judíos, no fue porque estuvieran consumidos por la culpa o porque reprimieran recuerdos intolerables, sino porque –excepto en las mentes de un puñado de nazis de alto rango– la Segunda Guerra no tenía que ver con los judíos. Incluso para los nazis el exterminio de los judíos formaba parte un proyecto más ambicioso de limpieza y recolocación racial.

La tentación comprensible de leer retrospectivamente en la década de 1940 conocimientos y emociones posteriores en medio siglo invita a una reescritura del registro histórico: poner al antisemitismo en el centro de la historia europea. ¿De qué otro modo, después de todo, habríamos de dar cuenta de lo que pasó en Europa en aquellos años? Pero eso es demasiado fácil y, en un sentido, demasiado consolador. Para dar un ejemplo, la razón por la cual Vichy fue aceptable para la mayor parte de los franceses, después de la derrota de 1940, no fue que a los franceses les hubiera gustado vivir bajo un régimen que perseguía a los judíos, sino porque el régimen del Mariscal Petain les había permitido seguir llevando sus vidas en una ilusión de seguridad y normalidad y con una mínima perturbación. Cómo tratara el régimen a los judíos era una cuestión indiferente: los judíos, simplemente, no importaban tanto. Y bastante así fue en la mayor parte de las tierras ocupadas.

Quizás encontremos hoy chocante esta indiferencia –un síntoma de que había algo gravemente fuera de lugar en la condición moral de Europa en la primera mitad del siglo XX. Y estamos en lo cierto si recordamos que también existieron aquellos, en todos los países europeos, que sí vieron lo que ocurría a los judíos e hicieron todo lo posible para vencer la indiferencia de sus conciudadanos. Pero si ignoramos esta indiferencia y asumimos en cambio que la mayor parte de los demás europeos vivieron la experiencia de la Segunda Guerra Mundial del modo en que la

---

<sup>1</sup> Cuando al presidente norteamericano Ronald Reagan se le aconsejó evitar, en una visita a Alemania Occidental en 1985, el cementerio militar de Bitburg (donde había gran cantidad de tumbas de los SS), y en lugar de eso ir a presentar sus respetos a un campo de concentración, el canciller Kohl le escribió para advertirle que esto “tendría un serio efecto psicológico en los sentimientos amistosos del pueblo alemán para con los Estados Unidos de América”. Los americanos capitularon debidamente; Reagan visitó Belsen y Bitburg...

vivieron los judíos –como *Vernichtungskrieg*, una guerra de exterminio–, entonces debemos revestirnos con una nueva capa de desmemoria. Retrospectivamente, “Auschwitz” es lo más importante que tenemos que saber sobre la Segunda Guerra Mundial. Pero las cosas no se veían así en aquella época.

Tampoco se veían así en Europa Oriental. Para los europeos del Este, liberados tardíamente (después de 1989) del fárrago de interpretaciones comunistas asignadas oficialmente acerca de la Segunda Guerra Mundial, la preocupación occidental de fin de siglo acerca del Holocausto de los judíos traía consigo implicaciones perturbadoras. Por un lado, Europa Oriental, después de 1945, tenía mucho más que recordar que Europa Occidental –y también mucho más que olvidar. Había más judíos en la mitad oriental de Europa y la mayor parte fue asesinada; gran parte de los asesinatos ocurrieron en la región y muchos más habitantes locales tuvieron un papel activo en ellos. Pero por otro lado, las autoridades de posguerra en Europa Oriental se tomaron un trabajo mucho mayor en borrar toda memoria pública acerca del Holocausto. No es que los horrores y crímenes de la guerra en el Este fueran subestimados, por el contrario, se representaron repetidamente en la retórica oficial y fueron enaltecidos en monumentos conmemorativos y libros de textos en todas partes. Sólo que los judíos no eran parte de la historia.

En Alemania del Este, donde la carga de responsabilidad por el nazismo se imputaba únicamente a los herederos de la Alemania Occidental de Hitler, el nuevo régimen cumplió con una restitución no para con los judíos sino para con la Unión Soviética. En los textos escolares de la República Democrática Alemana, se presentaba a Hitler como una herramienta del capital monopólico que había ampliado su territorio y había comenzado guerras buscando favorecer los intereses de sus grandes negocios. El “Día del Recuerdo” que inauguró Walter Ullbricht en 1950 no conmemoraba a las víctimas alemanas sino a los once millones de muertos “que luchaban contra el fascismo de Hitler”. Los antiguos campos de concentración en tierras de Alemania del Este –especialmente Buchenwald y Sachsenhausen– fueron convertidos durante un tiempo, por el régimen comunista, en “campos especiales de aislamiento” para prisioneros políticos. Muchos años más tarde, después de que Buchenwald se hubiera transformado en un sitio de la memoria, su guía describía los objetivos declarados de los “fascistas alemanes” como “la destrucción del marxismo, la venganza por la guerra perdida, y el terror brutal para todos los que ofrecieran resistencia”. En el mismo folleto, las fotografías de la rampa de selección de Auschwitz estaban acompañadas por una cita del comunista alemán Ernst Thälmann: “La burguesía es seria en su objetivo de aniquilar al partido y a la vanguardia entera de la clase trabajadora”<sup>2</sup>. Este texto no fue retirado hasta la caída del comunismo.

La misma versión de los acontecimientos se podría encontrar todo a lo largo de la Europa comunista. En Polonia no era posible negar o minimizar lo que había ocurrido en los campos de exterminio de Treblinka, Majdanek o Sobibor. Pero esos lugares ya no existían –los alemanes se habían tomado un trabajo enorme para borrar sus rastros del territorio antes de huir frente al avance del Ejército Rojo. Y cuando había sobrevivido alguna evidencia, como en Auschwitz, a pocos kilómetros de Cracovia, la segunda ciudad polaca, se le asignó retrospectivamente un significado diferente. A pesar de que el 93 por ciento de la cifra estimada de un millón y medio de personas asesinadas en Auschwitz eran judíos, el museo que se estableció allí bajo el régimen comunista de posguerra enumeraba a las víctimas solamente de acuerdo con su nacionalidad: polacos, húngaros, alemanes, etcétera. Los estudiantes de primaria polacos estaban verdaderamente paralizados frente a las impresionantes fotografías; se les mostraba las pilas de zapatos, cabellos y lentes. Pero no se les contaba que la mayor parte de lo que veían pertenecía a judíos.

Para calmar la conciencia estaba el Ghetto de Varsovia, cuya vida y muerte estaban verdaderamente conmemoradas en el mismo lugar en donde había estado situado. Pero la revuelta judía de 1943 fue obstruida en la memoria polaca por el propio levantamiento polaco de Varsovia un año después. En la Polonia comunista, en donde nadie negaba lo que los alemanes habían hecho

---

<sup>2</sup> Citado por Ian Buruma en “Buchenwald”, *Revista Granta*, nº 42, invierno de 1992.

a los judíos, el tema no se discutía demasiado. El “reencarcelamiento” de los polacos bajo el régimen soviético, junto con la creencia extendida de que los judíos habían recibido e incluso facilitado la toma del poder comunista, embarró el recuerdo popular de la ocupación alemana. En cualquier caso, el propio sufrimiento de los polacos durante la guerra diluyó la atención local hacia el Holocausto judío y fue, en cierta manera, competidor de éste: la salida de la “victimización competitiva” iba a envenenar las relaciones judío-polacas durante muchas décadas. La yuxtaposición siempre fue inapropiada. Tres millones de polacos (no judíos) murieron en la Segunda Guerra Mundial; esta cifra es proporcionalmente más baja que la tasa de muertos en algunas partes de Ucrania o entre los judíos, pero es una cifra terrible a pesar de todo. E incluso había una diferencia. Para los polacos era difícil sobrevivir bajo la ocupación alemana, pero en principio se podía. Para los judíos era posible sobrevivir bajo la ocupación alemana, pero en principio no se podía.

Cuando un régimen títere local había colaborado con sus señores nazis, sus víctimas fueron debidamente recordadas. Pero se prestó escasa atención al hecho de que eran judíos en una desproporción enorme. Había categorías nacionales (“húngaros”) y sobre todo categorías sociales (“trabajadores”), pero las etiquetas étnicas o religiosas se evitaban estudiadamente. La Segunda Guerra Mundial fue catalogada y enseñada como una guerra antifascista; su dimensión racial fue ignorada. En la década de 1970 el gobierno de Checoslovaquia se tomó incluso el trabajo de tapar las inscripciones de los muros de la Altneuschul de Praga (la antigua sinagoga) que enumeraban los nombres de los judíos checos asesinados en la Shoah.

Cuando reformularon la historia reciente en esta región, las autoridades comunistas de posguerra hubieran podido contar sin duda con un reservorio duradero de sentimiento antijudío – una razón es que tuvieron algunos problemas para suprimir toda evidencia de su existencia incluso retrospectivamente (durante la década de 1970, los censores polacos prohibieron con firmeza las alusiones al antisemitismo de entreguerras). Pero si los europeos del Este prestaron menos atención retrospectivamente a la gravísima situación de los judíos, no fue sólo por haber sido indiferentes en aquella época, o por haber estado ocupados en su propia supervivencia. Fue porque los comunistas impusieron suficiente sufrimiento e injusticia por sí mismos como para forjar una capa enteramente nueva de resentimiento y recuerdos.

Entre 1945 y 1989 la acumulación de deportaciones, encarcelamientos, juicios espectacularizados y “normalizaciones” convirtieron a casi todo el mundo, dentro del bloque soviético, o bien en perdedor, o bien en cómplice de la pérdida de otro. Inmuebles, negocios y cualquier otra propiedad expropiada de manos de los judíos asesinados o de los alemanes expulsados fueron también, y muy frecuentemente, vueltas a expropiar unos pocos años después en nombre del socialismo –con el resultado de que después de 1989 la cuestión de la compensación por las pérdidas pasadas se convirtió en algo desesperanzadamente confuso en fechas. ¿Debían ser recompensadas las personas por lo que habían perdido cuando los comunistas se alzaron con el poder? Y si se hacía tal restitución, ¿a quién debía hacérsela? ¿A aquellos que habían entrado en posesión de propiedades después de la guerra, en 1945, solamente para perderlas unos pocos años después? ¿O la restitución debía hacerse a aquellos cuyos negocios e inmuebles habían sido reapropiados o robados en algún momento entre 1938 y 1945? ¿En qué momento? ¿1938? ¿1939? ¿1941? En cada fecha subyacían definiciones políticamente sensibles acerca de la legitimidad nacional o étnica, así como alguna prioridad moral<sup>3</sup>.

Y había dilemas peculiares asociados a la historia interna del mismo comunismo. ¿Debían los responsables de invitar a los tanques rusos a aplastar la revolución húngara de 1956, o de suprimir la Primavera de Praga de 1968, ser enjuiciados por estos crímenes? En las secuelas inmediatas de las revoluciones de 1989, muchos pensaron que sí. Pero algunas de sus víctimas eran

---

<sup>3</sup> Cuando el parlamento checoslovaco votó en 1991 restituir las propiedades tomadas después de la guerra, limitó explícitamente los beneficios a aquellos expropiados *después de 1948*, de modo tal de excluir a los alemanes de los Sudetes expulsados en 1945-1946, antes de que los comunistas se alzaran con el poder.

antiguos líderes comunistas. ¿Quién merecía la atención de la posteridad: los oscuros campesinos eslovacos o húngaros arrojados de sus propiedades, o los *apparatchiks*\*\* comunistas que los expulsaron, pero que también fueron ellos mismos víctimas unos pocos años después? ¿Qué víctimas, la memoria de quién debía tener prioridad? ¿Quién lo podía decir?

La caída del comunismo arrastró de este modo en su estela un torrente de memoria amarga. Los debates encendidos acerca de qué hacer con los archivos de la policía secreta fueron solamente una de las dimensiones del asunto. El verdadero problema era la tentación de vencer la memoria del comunismo invirtiéndola. Lo que alguna vez había sido la verdad oficial, ahora se veía desacreditada de raíz y en sus ramificaciones, convirtiéndose, tal como lo era, en farsa oficial. Pero esta clase de ruptura de tabúes trae consigo sus propios riesgos. Antes de 1989 todo anticomunista había sido embreado con la brocha “fascista”. Pero si el “antifascismo” había sido solamente otra mentira comunista, era muy tentador ahora mirar con simpatía retrospectiva, en incluso con aprobación, a *todos* los hasta ese entonces anticomunistas desacreditados, incluidos los fascistas. Los escritores nacionalistas de la década de 1930 se volvieron a poner de moda. Los parlamentos postcomunistas en gran número de países elevaron mociones tendientes a ensalzar al Mariscal Antonescu de Rumania o a sus equivalentes en otras partes de los Balcanes y de Europa Central. Execrados hasta muy poco tiempo atrás como nacionalistas, fascistas y colaboracionistas nazis, ahora tendrían estatuas erigidas en honor a su heroísmo de guerra (el parlamento rumano acordó incluso a Antonescu un minuto de silencio).

Cayeron otros tabúes junto con la retórica desacreditada del antifascismo. El rol del Ejército Rojo y la Unión Soviética se podía ahora discutir bajo una luz diferente. Los recientemente liberados estados bálticos reclamaron que Moscú aceptara la ilegalidad del Pacto Ribbentrop-Molotov y la supresión unilateral por parte de Stalin de su independencia. Los polacos, que se habían asegurado como mínimo (en abril de 1995) el reconocimiento ruso de que los 23.000 oficiales polacos asesinados en el bosque de Katyn habían sido en verdad ejecutados por el NKVD y no por la Wehrmacht, pidieron el acceso completo a los archivos rusos para los investigadores polacos. Hasta agosto de 2005 ninguno de estos pedidos parecía encontrar la aprobación rusa y los recuerdos continuaron haciendo daño<sup>4</sup>.

Los rusos, sin embargo, tenían recuerdos de sus ciudades. Vistas desde los países satélite, la versión soviética de la historia reciente era palpablemente falsa, pero para muchos rusos contenía más de una pizca de verdad. La Segunda Guerra Mundial *había sido* una “Gran Guerra Patriótica”. Los soldados soviéticos y los civiles *fueron*, en números absolutos, sus mayores víctimas, el Ejército Rojo *realmente* liberó vastas franjas de Europa del Este de los horrores del dominio alemán, y la derrota de Hitler *fue* fuente de alivio y satisfacción puras para la mayor parte de los ciudadanos soviéticos, y para otros junto con ellos. Después de 1989 en Rusia muchos se molestaron genuinamente por la ingratitud aparente de las naciones en otro tiempo fraternales que habían sido liberadas en 1945 del yugo alemán gracias a los sacrificios de los brazos soviéticos.

Por todas estas razones la memoria rusa estaba dividida. En verdad, esa división adquirió una forma institucional, con el nacimiento de dos organizaciones civiles que querían promover relatos del pasado comunista del país críticos pero diametralmente opuestos. *Memorial* fue fundada en 1987 por liberales disidentes con la ambición de obtener y publicar la verdad acerca de la historia soviética. Las preocupaciones particulares de sus miembros estaban del lado de los abusos a los derechos humanos y de la importancia de la aceptación de lo que se había hecho en el pasado con el objeto de prevenir su recurrencia en el futuro. *Pamiat'*, formada dos años antes, también quería recuperar y rendir honores al pasado (el término quiere decir “memoria” en ruso), pero allí se termina el parecido. Los fundadores de *Pamiat'*, disidentes anticomunistas que estaban lejos de ser

---

<sup>4</sup> Bajo el presidente Putin, Rusia continúa insistiendo en que los estados bálticos fueron liberados por el Ejército Rojo en 1940, después de lo cual se habrían unido voluntariamente a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

\*\* Los cuadros del partido comunista. (Nota de la traductora).

liberales, querían ofrecer una versión mejorada del pasado ruso: saneada de las “mentiras” soviéticas, pero también libre de otras influencias ajenas a la herencia rusa, sobre todo la de los “sionistas”. En el lapso de pocos años *Pamiat’* echó ramas en la política nacionalista, tomando posesión de la historia rusa descuidada y “abusada” como un arma para evitar los cambios e intrusiones “cosmopolitas”.

Las políticas de la memoria agraviada –aunque difirieran en detalle, y se contradijeran en mucho unas con otras– constituyeron el último acuerdo remanente entre la antigua región soviética y sus tenencias imperiales. Compartían el resentimiento a causa de la subestimación de sus sufrimientos pasados y sus pérdidas por parte de la comunidad internacional. ¿Y qué con las víctimas del Gulag? ¿Por qué no habían sido compensadas, por qué no se les hizo memoria como a las víctimas y sobrevivientes de la opresión nazi? ¿Y qué de aquellos millones para los cuales el tiempo de guerra de la opresión nazi se transformó en la opresión comunista de posguerra sin cesura discernible? ¿Por qué el Oeste prestaba tan poca atención?

El deseo de culpar al pasado comunista y de acusarlo en bloque –de leer todo, desde Lenin hasta Gorbachov, como un cuento sin inflexiones de crimen y dictadura, como una narrativa sin grietas de regímenes y represiones impuestas por los que venían de afuera o llevadas a cabo en nombre del pueblo por autoridades que no lo representaban– traía aparejados otros riesgos. En primer lugar, era una mala historia que eliminaba del registro los entusiasmos genuinos y los compromisos de las décadas precedentes. En segundo lugar, la nueva ortodoxia tenía implicaciones políticas que le eran contemporáneas. Si los checos –o los croatas, o los húngaros, o cualquier otro pueblo– no habían jugado un rol activo en el lado oscuro de su propio pasado reciente, si la historia de Europa del Este desde 1939 –o, en el caso ruso, de 1917 a 1991–, era exclusivamente asunto de otros, entonces la era entera se convertía en una suerte de paréntesis en la historia nacional, comparable al lugar asignado a Vichy en la conciencia francesa de posguerra, sólo que cubriendo un período mucho más vasto y un archivo de malos recuerdos incluso más severo. Y las consecuencias serían similares: en 1992 las autoridades checoslovacas suprimieron del festival de cine de Karlovy Vary un documental de la BBC sobre el asesinato del nazi Reinhard Heydrich, perpetrado en Praga en 1942, porque mostraba a una cantidad “inaceptable” de checos demostrando su apoyo al régimen nazi de tiempos de guerra.

Con el reordenamiento de la memoria postcomunista en Europa del Este, el tabú de comparar al comunismo con el nazismo comenzó a derrumbarse. En verdad, los políticos y los especialistas comenzaron a insistir en tales comparaciones. En el Oeste dicha yuxtaposición siguió siendo controvertida. Las comparaciones directas entre Hitler y Stalin no constituían la solución: algunos, ahora, disputaban la calidad monstruosa de ambos dictadores. Pero la sugerencia de que el propio comunismo –antes y después de Stalin– debía ser situado en la misma categoría que el fascismo o el nazismo traía aparejadas implicancias incómodas para el propio pasado del Oeste, y no sólo en Alemania. Para muchos europeos occidentales el comunismo fue una variante fallida de una herencia progresista común. Pero para sus contrapartes de Europa Central y del Este, era una aplicación local demasiado exitosa de las patologías criminales de los autoritarismos del siglo XX, y debería ser recordado de este modo. Europa debía unirse, pero la memoria europea seguía siendo profundamente asimétrica.

## II

La solución occidental al problema de los recuerdos problemáticos de Europa fue fijarlos, literalmente, en piedra. En los años iniciales del siglo XXI placas, monumentos conmemorativos y museos a las víctimas del nazismo salieron a superficie en toda Europa Occidental, desde Estocolmo a Bruselas. En algunos casos, como vimos, se mejoraron o “corrigieron” adaptaciones de sitios existentes; pero muchos eran nuevos. Algunos aspiraban a una función abiertamente pedagógica: el Memorial del Holocausto inaugurado en París en enero de 2005 combinaba dos sitios ya existentes: el “Memorial de los Mártires Judíos Desconocidos” y el “Centro Judío de

Documentación Contemporánea”. Completado con un muro de piedra donde estaban grabados los nombres de los 76.000 judíos deportados desde Francia hacia los campos nazis de la muerte, era un eco tanto del Memorial de Vietnam de los Estados Unidos como de las ambiciones –en una escala mucho más reducida– del Museo Memorial del Holocausto en Washington D. C., o del Yad Vashem en Jerusalén. La apabullante mayoría de estas instalaciones estaban verdaderamente consagradas –en parte, o completamente– a la memoria del Holocausto: la más impresionante de todas ellas se abrió en Berlín el 10 de mayo de 2005.

El mensaje explícito de la última tanda de monumentos conmemorativos contrasta agudamente con la ambigüedad y prevaricación de las conmemoraciones lapidarias de una generación anterior. El Memorial de Berlín, que ocupa un conspicuo espacio cuadrado de 19.000 metros adyacente a la Puerta de Brandenburgo, es el más explícito de todos ellos: lejos de conmemorar ecuménicamente a las “víctimas del nazismo” es, bastante abiertamente, un “Memorial para los judíos asesinados de Europa”<sup>5</sup>. En Austria, los objetores de conciencia podían ahora reemplazar el servicio militar pasando un período en el *Gedenkdienst* (“Servicio Conmemorativo” establecido en 1991 y financiado por el Estado), trabajando en las mayores instituciones del Holocausto como residentes y guías. Poca duda quedaba de que Europa Occidental –los alemanes sobre todo– tenían ahora una enorme oportunidad de enfrentar el horror completo de su pasado reciente. Como recordó el canciller alemán Gerhard Schröder a su auditorio en el aniversario número 60 de la liberación de Auschwitz, “la memoria de la guerra y el genocidio es parte de nuestra vida. Nada cambiará eso; esos recuerdos son parte de nuestra identidad”.

Más al Este, sin embargo, las sombras permanecen. En Polonia, donde el Instituto de la Memoria Nacional, recientemente establecido, se esforzó arduamente en alentar investigaciones serias y eruditas acerca de temas históricos controvertidos, la contrición oficial por el tratamiento de la propia Polonia para con su minoría judía levantó objeciones vociferantes. Éstas se ven ejemplificadas de modo deprimente en la reacción del Premio Nobel de la Paz y héroe del Sindicato “Solidaridad” Lech Walesa frente a la publicación, en el año 2000, del libro *Neighbors* de Tomasz Gross, un influyente estudio realizado por un historiador norteamericano acerca de judíos masacrados por sus vecinos polacos en tiempos de guerra: Gross –se quejó Walesa en una entrevista radial– quería sembrar la discordia entre polacos y judíos. Era un “escritor mediocre”... “un judío que intentaba hacer dinero”.

La dificultad para incorporar la destrucción de los judíos a la memoria contemporánea en la Europa postcomunista se ve impresionantemente ilustrada por la experiencia de Hungría. En 2001, el gobierno de Viktor Orbán estableció un Día Conmemorativo del Holocausto que debía tener lugar anualmente el 16 de abril (aniversario del establecimiento de un ghetto, en Budapest, durante la guerra, en 1944). Tres años después, el sucesor de Orbán como primer ministro, Peter Medgyessy, abrió un Centro Memorial del Holocausto en una casa de Budapest que alguna vez había sido utilizada para la reclusión de los judíos. Pero la mayor parte del tiempo este Centro del Holocausto está prácticamente vacío, sus colecciones y documentos son vistos por un exiguo caudal de visitantes, muchos de ellos extranjeros. Entretanto, del otro lado de la ciudad, los húngaros abarrotan la *Terrorháza*.

La *Terrorháza* (“Casa del Terror”), como su nombre sugiere, es un museo de los horrores. Cuenta la historia de la violencia de Estado, de la tortura, la represión y dictadura en Hungría entre 1944 y 1989. Las fechas son significativas. Como se lo presenta a los miles de escolares y visitas en general que pasan por sus deprimentes recreaciones de las celdas tipo museo de cera de Madame Tussaud, de los aparatos de tortura o de los cuartos para interrogatorios que alguna vez estuvieron allí (la Casa del Terror está en el cuartel central de la antigua policía de seguridad), la versión de la *Terrorháza* de la historia de Hungría no traza distinción entre los esbirros del Partido de las Cruces

---

<sup>5</sup> El memorial fue controvertido: además de muchas personas a las que no gustaba su concepción abstracta, estaban aquellos, incluyendo al alcalde demócrata cristiano de la ciudad, Eberhard Diepgen, que lo criticaron por ayudar a que Berlín se convierta en la “capital del arrepentimiento”.

de Flechas de Ferenc Szálasi (en el poder entre octubre de 1944 y abril de 1945), y el régimen comunista que se instaló después de la guerra. Sin embargo, los hombres del Partido de las Cruces de Flechas –y el exterminio de 600.000 húngaros judíos al que contribuyeron activamente– están representados solamente en tres salas. El resto del amplísimo edificio está consagrado a un catálogo copiosamente ilustrado, y decididamente partidario, de los crímenes del comunismo.

Aquí, el mensaje, que no es especialmente subliminar, es que el comunismo y el fascismo son equivalentes. Excepto por el hecho de que no lo son: la presentación y contenido de la *Terrorháza* de Budapest deja bastante en claro que a ojos de los curadores del museo, el comunismo no sólo duró más sino que hizo más daño, de lejos, que su predecesor neonazi. Para muchos húngaros de una generación más vieja, esto es lo más plausible que se ajusta a su propia experiencia. Y el mensaje fue confirmado por la legislación húngara postcomunista que prohibió el despliegue público de *todas* las representaciones del pasado no democrático del país: no sólo del símbolo de la esvástica o de las cruces de flechas, sino también de la hasta entonces ubicua estrella roja y el martillo y la hoz que la acompañaban. Más que evaluar las distinciones entre los regímenes representados por estos símbolos, Hungría –en palabras del primer ministro Orbán en la apertura de la Casa del Terror de Budapest el 24 de febrero de 2002– simplemente “cerró la puerta en la cara al enfermo siglo XX”.

Pero no es tan fácil cerrar esa puerta. Hungría, como el resto de Europa Central y Oriental, todavía está presa en el bosquejo del pasado<sup>6</sup>. Los mismos estados bálticos, que habían insistido en que Moscú tenía el deber de reconocer el maltrato del que habían sido víctimas, fueron decididamente lentos en cuestionarse acerca de su propia responsabilidad: desde que ganaron su independencia, ni Estonia, ni Letonia, ni Lituania iniciaron una sola causa contra los criminales de guerra todavía vivos entre ellos. En Rumania –a pesar del reconocimiento del entonces presidente Ilescu acerca de la participación del país en el Holocausto– el “Memorial a las Víctimas de la Resistencia Comunista y Anticomunista” inaugurado en Sighet en 1997 (y financiado en parte por el Consejo de Europa), conmemora a diversos activistas de la Guardia de Hierro de tiempos de guerra y de posguerra, así como a otros fascistas y antisemitas rumanos, reciclados ahora como mártires de la persecución comunista.

Como apoyo a su insistencia en la “equivalencia” entre los sufrimientos bajo los regímenes fascista y comunista, los comentaristas de Europa del Este pueden destacar el culto a la “víctima” en la cultura política contemporánea del Oeste. Observan que estamos yendo desde la historia de los ganadores hacia la historia de las víctimas. Bien, entonces seamos coherentes. Incluso si el nazismo y el comunismo eran totalmente diferentes en intención –incluso si, según la formulación de Raymond Aron, “existe una diferencia entre una filosofía cuya lógica es monstruosa y otra a la que se puede dar una interpretación monstruosa”–, esto representa escaso consuelo para las víctimas. El sufrimiento humano no debería ser calibrado de acuerdo con las ambiciones de aquellos que fueron responsables. Si seguimos esta línea de razonamiento, para los que fueron castigados o asesinados allí, un campo comunista no es mejor ni peor que un campo nazi.

Del mismo modo, el énfasis en los “derechos” (y su restitución en caso de abuso) en la jurisprudencia internacional moderna, junto con la retórica política, suministraron un argumento a aquellos que sienten que sus sufrimientos y pérdidas pasaron sin ser reconocidos, y por lo tanto sin ser compensados. Algunos conservadores en Alemania, basando su acción en la condena internacional de la “limpieza étnica”, reabrieron los reclamos de las comunidades alemanas expulsadas de sus tierras a fines de la Segunda Guerra Mundial. ¿Por qué –se preguntaban– su

---

<sup>6</sup> En marzo de 2004, ochenta y cuatro escritores húngaros, incluidos Péter Esterházy y György Konrad, dejaron la Unión de Escritores del país como protesta por su tolerancia al antisemitismo. La ocasión para la deserción fueron los comentarios del poeta Kornel Döbrentei después del otorgamiento del Premio Nobel de Literatura al sobreviviente del Holocausto Imre Kertész. El premio, según Döbrentei, fue “dinero que proviene del cargo de conciencia” para un escritor que estaba solamente satisfaciendo el “gusto por el horror” de “su minoría”.

victimización sería de tipo inferior? Con seguridad lo que Stalin hizo con los polacos –o, más recientemente, lo que Milosevic hizo con los albaneses étnicos– no fue diferente, en sustancia, de lo que el presidente checoslovaco Benes hizo con los alemanes de los Sudetes después de la Segunda Guerra. En los albores del nuevo siglo, se hablaba incluso en los círculos respetables de establecer en Berlín otro edificio conmemorativo: un “Centro contra las Expulsiones”, un museo consagrado a todas las víctimas de la limpieza étnica.

Este último giro, y su suposición de que todas las formas de victimización colectiva son comparables, incluso intercambiables, y que por lo tanto deberían recibir igual recuerdo, provocó una refutación vehemente por parte de Marek Edelman, el último jefe sobreviviente del levantamiento del Ghetto de Varsovia, cuando firmó una petición en el año 2003 oponiéndose al centro propuesto:

¡Qué tipo de recuerdo! ¿Sufrieron tanto ellos? ¿Porque perdieron sus casas? Claro que es triste ser obligado a dejar la propia casa y a abandonar la propia tierra. Pero los judíos perdieron sus casas y *además* a todos sus parientes. Las expulsiones tienen que ver con el sufrimiento, pero existe tanto sufrimiento en este mundo. Las personas enfermas sufren, y nadie erige monumentos para honrarlos<sup>7</sup>.

La respuesta de Edelman nos invita a hacer un breve comentario. Entre los muchos millones de europeos que fueron desarraigados y desalojados por la fuerza durante y después de la Segunda Guerra Mundial, había más de once millones de alemanes étnicos: provenían de la Polonia de posguerra, de Checoslovaquia, de Yugoslavia, de Rumania y de Hungría. Éstas son las personas cuyo sufrimiento algunos en Alemania quieren que se recuerde. Las expulsiones fueron llevadas a cabo indiscriminadamente y con una brutalidad considerable, especialmente en Checoslovaquia: de los tres millones y medio de “alemanes de los Sudetes” desalojados de sus casas y granjas de preguerra, muchos miles murieron camino a Alemania (aunque quizás no sea la cifra de 270.000 propuesta tradicionalmente en las fuentes alemanas de los Sudetes).

La experiencia –una situación de “limpieza étnica” *avant le mot*\*\*\*, según los manuales– fue peor, de lejos, de lo que Edelman sugiere, e hizo más daño a muchos por haber sido descuidada en la memoria pública europea. Por otra parte, mientras el número total de alemanes obligados a irse entre 1945 y 1947 fue considerable, las penurias por las que pasaron simplemente no son comparables con el tratamiento que dieron los propios alemanes a los polacos, griegos o serbios, y mucho menos al que dieron a los judíos, como el mismo Edelman, más que casi nadie hoy, está en posición de saber<sup>8</sup>.

En todo caso, la reacción de Edelman es un recordatorio oportuno de los riesgos que corremos si somos indulgentes hasta el exceso con el culto a la conmemoración y si desplazamos hacia el foco de atención a los asesinos junto con las víctimas. Por un lado no existe límite, en principio, a la memoria y las experiencias que merezcan recordarse. Por el otro, conmemorar el pasado en edificios y museos es también una manera de contenerlo e incluso de descuidarlo, dejando la responsabilidad de la memoria a otros. Desde el momento en que pueda haber hombres y mujeres que realmente recuerden a partir de la experiencia personal, esto quizás no importe. Pero

---

<sup>7</sup> *Tygodnik Powszechny*, 17 de agosto de 2003.

\*\*\*En francés en el original. Expresión que, al igual que “avant la lettre”, hace referencia al carácter precursor de un hecho o proceso. (N. de la T.)

<sup>8</sup> Véase a Radomir Luza, *The Transfer of the Sudeten Germans: A Study of Czech-German Relations, 1933-1962* (New York University Press, 1964); Pertti Aho, *After the Expulsion: West Germany and Eastern Europe 1945-1990* (Oxford University Press, 2003), capítulo I: “From the Expulsions to the Rise of the Expellee Organizations”; Norman M. Naimark, *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe* (Harvard University Press, 2000), capítulo IV: “The Expulsion of Germans from Poland and Czechoslovakia”; y Tony Judt, *Postwar: A History of Europe Since 1945* (Penguin, 2005), capítulo I: “The Legacy of War”.

ahora, como recordaba a sus compañeros sobrevivientes Jorge Semprún, de ochenta y un años de edad, en el sexagésimo aniversario de la liberación de Buchenwald el 10 de abril de 2005, “el ciclo de la memoria activa se está cerrando”.

Incluso si Europa *podiera* de algún modo aferrarse indefinidamente a una memoria viviente de los crímenes pasados, que es para lo cual existen los centros conmemorativos y los museos, aunque sean inadecuados para ello, no tendría demasiada importancia. La memoria es inherentemente contenciosa y partidaria: el reconocimiento por parte de un hombre es la omisión por parte de otro. Y es una pobre guía para el pasado. La Europa de la primera posguerra se había edificado sobre la desmemoria deliberada, sobre el olvido como un modo de vida. Desde 1989 Europa se construyó, en cambio, sobre un agregado compensatorio de memoria: institucionalizó el recuerdo público como la verdadera fundación de la identidad colectiva. Lo primero no podía durar, pero tampoco lo segundo. Para la salud cívica, es condición necesaria cierta cuota de descuido y de olvido.

Decir esto no es abogar por la amnesia como forma de vida. Una nación tiene que haber recordado algo primero para luego poder comenzar a olvidarlo. Hasta que Francia no comprendió a Vichy tal como fue, y no como eligió recordarlo mal, no pudo dejarlo de lado y continuar. Esto mismo es cierto para los polacos en relación con sus intrincados recuerdos de los judíos que alguna vez vivieron entre ellos. Lo mismo valdría para el caso de España, que durante los veinte años posteriores a la transición a la democracia instaló un velo tácito sobre el recuerdo doloroso de la Guerra Civil. La discusión pública acerca de esa guerra y sus secuelas solamente ahora están saliendo a la luz<sup>9</sup>. Sólo después de que los alemanes hubieran apreciado y digerido la enormidad de su pasado nazi, un ciclo de sesenta años de repudio, educación, debate y consenso, pueden comenzar a vivir con él: es decir, dejarlo atrás.

El instrumento para recordar en todos estos casos no fue la memoria misma. Fue la *historia*, en sus dos acepciones: como el pasaje del tiempo y como el estudio profesional del pasado, por sobre todo este último.

El mal, y sobre todo el mal en la escala practicada en la Alemania nazi, no se puede recordar nunca de modo satisfactorio. La verdadera enormidad del crimen convierte a toda memoria en incompleta<sup>10</sup>. Su implausibilidad inherente, la completa dificultad de concebirlo en la retrospectiva calma, abre las puertas a su disminución, incluso a su negación. Imposible de recordar tal como realmente fue, es inherentemente vulnerable a ser recordado tal como no fue. Contra *esto*, desafiar a la memoria misma es inútil: “Sólo el historiador, con la pasión austera por el hecho, por la prueba, por la evidencia, pasión central en esta vocación, pueden efectivamente estar alerta”<sup>11</sup>.

La historia, como no lo hace la memoria, que se confirma y refuerza a sí misma, contribuye al desencantamiento del mundo. La mayor parte de lo que tiene para ofrecer es incómodo, incluso perturbador, y ésta es la razón por la cual no siempre es políticamente prudente blandir el pasado como una vara moral con la cual golpear y reprender a un pueblo por sus pecados del pasado. Pero la historia realmente necesita ser aprendida y periódicamente reaprendida. En un chiste popular de la era soviética, un oyente llama a la “Radio Armenia” para hacer la siguiente pregunta: ¿es posible predecir el futuro? Respuesta: “sí, ningún problema. Sabemos exactamente cómo será el futuro. Nuestro problema es el pasado: siempre está cambiando”.

---

<sup>9</sup> La última estatua de Franco en Madrid fue retirada tranquilamente al amanecer frente a un público de cien espectadores, el 17 de marzo de 2005.

<sup>10</sup> “Nosotros, los sobrevivientes, no somos los verdaderos testigos... Somos... una minoría anómala: somos aquellos cuyos embustes, o habilidades, o buena suerte, hicieron que no tocáramos fondo. Aquellos que sí lo hicieron, los que vieron a la Gorgona, no volvieron para contarlo, o si volvieron lo hicieron mudos”. Primo Levi, *Los hundidos y los salvados* (edición citada: *The Drowned and the Saved*, Simon and Schuster, 1988, pp. 83-84).

<sup>11</sup> Yosef Hayim Yerushalmi, *Zakhor: Jewish History and Jewish Memory*, University of Washington Press, 1989, página 116.

Así es, y no solamente en las sociedades totalitarias. De cualquier forma, la investigación rigurosa y la interrogación acerca de los pasados competidores de Europa y acerca del lugar ocupado por esos pasados en la sensibilidad colectiva de los europeos respecto de sí mismos, fue uno de los logros que no han sido celebrados y que fueron origen de la unidad europea en las últimas décadas. Es sin embargo un logro que seguramente se perderá, a menos que se renueve sin cesar. La bárbara historia europea reciente, el oscuro “otro” contra el cual se construyó laboriosamente la Europa de posguerra, ya está más allá del recuerdo de los jóvenes europeos. En el espacio de una generación los centros conmemorativos y los museos estarán juntando polvo, visitados, como los campos de batalla del Frente Occidental en la actualidad, solamente por aficionados y personas cercanas a los fallecidos.

Si en los años venideros tenemos que recordar por qué parecía tan importante edificar algún tipo de Europa fuera de los crematorios de Auschwitz, sólo la historia podrá ayudarnos. La nueva Europa, impulsada en forma conjunta por los signos y símbolos de su terrible pasado, es un logro notable; pero seguirá estando para siempre hipotecada en su pasado. Si los europeos quieren mantener este lazo vital, si el pasado de Europa va a seguir vistiendo el presente de Europa con significados admonitorios e intenciones morales, entonces deberá ser *enseñado* nuevamente en cada generación. La “Unión Europea” debe ser una respuesta a la historia, pero nunca puede ser su sustituto.

Traducción de Margarita Martínez